

LA GUERRA CIVIL.

Era un atardecer del mes de octubre. El sol ocultábase lentamente, y una brisa fresca y húmeda, propia de la primavera, iba agitando la atmósfera crepuscular. Las yerbas del campo despedían su última bocanada de perfume, preparándose á dormir durante las horas de la noche, para al amanecer despertarse frescas y lozanas. Los árboles crujián imperceptiblemente al roce de la brisa, y su crujido semejábase á una despedida, como si se dijeran un: ¡hasta mañana! — Los pajarillos revoloteaban indecisos sin saber donde posarse, pues confundíanse al elegir la rama que les iba á servir de abrigo durante la noche. Su cantar era triste, como temerosos de que al día siguiente no volvieran á verse, pues quizás durante las horas de las tinieblas algún enemigo les devorara. Las melancólicas notas del gargantillo resonaban más fuertes, más estridentes, como si se empeñaran en hacerse bien oír de sus hijuelos para llamarlos al amoroso nido. En cambio el dormilón sacudía su pereza diurna, para entregarse á su actividad nocturnal. Todo respiraba quietud y silencio en la vasta campiña, fuera ya del piar de los pájaros.

El rancho de paja y terrón alzabase aireado y tranquilo sobre la loma, y los animales pacían afanosos las yerbas ya muy mezquinas en cantidad, pero muy solicitadas por los extenuados y flacos animales. El perro rondaba la puerta del rancho, esperando tal vez su pobre merienda, y aten-